



DIALOGO ABIERTO

A CABO de ver una de las obras más hermosas e importantes del teatro español de nuestros días, titulada «Noviembre y un poco de yerba», del joven dramaturgo Antonio Gala. En principio me parece hermosa por los conceptos actuales que encierra, al mismo tiempo que por la gracia y poesía de su diálogo y por la profunda humanidad de sus tipos. Es importante por enraizar con la tradición dramática española, que abarca desde «La Celestina» hasta Valle Inclán, donde se quedó estancada la mejor línea que ha conocido nuestro teatro y que ahora el esfuerzo de unos pocos intenta continuar.

La obra de Antonio Gala nos enfrenta con un modernísimo problema español, candente de actualidad, y con un tipo como el de la protagonista, Paula, riquísimo por hermanarse en el amor con las mejores heroínas de Lopa de Vega y Tirso, Valle Inclán, Galdós y García Lorca, y «todavía» con aquel acierto de Jacinto Benavente al crear la inolvidable Raimunda de «La malquerida». Creo que cierto sector de la crítica española ha silenciado la temática fundamental de esta obra, y yo me pregunto por qué. Intento aclarar al lector lo que tal vez pueda ocultarse por ahora, antes de que una de las obras más interesantes del teatro español contemporáneo sea aparentemente enterrada en el olvido. Hablemos del mensaje y el amor de «Noviembre y un poco de yerba».

Al final de la guerra civil española, uno de los que se han venido llamando rojos se ha refugiado en la bodega de la cantina de un pueblo andaluz. La cantinera le ampara y defiende, ignorante de ideas divisorias, y llega a tener tres hijos de él, que van poco a poco marchándose al extranjero.

El amor de Paula por Diego es casi evangélico y está en la línea de las más altas creaciones de la literatura española. ¿Quién no recuerda en estos momentos la obra galdosiana, donde por amor los seres humanos se unen, sin importarles ideas políticas, razas ni religiones? Veintisiete años pasan encerrados en la bodega, compartiendo el «poco de yerba» que Paula tiene y todo su amor. Hasta que, debido a un humilde transitor que ella regala a Diego, éste oye el decreto de amnistía, de noviembre del 66. Después de escuchar uno de los más bellos y hondos diálogos que se han escrito en el teatro de los últimos tiempos—donde el amor, la compasión y la duda llegan a producir verdadera catarsis o purificación en el

espectador—, cuando Diego va a entregarse, el fusil que apareció al principio de esta historia se le dispara y muere. Oímos entonces, de boca de Paula, una interrogante que nos hace meditar, por española y por parecernos que encierra la verdad de un verso jorgemanriqueño o del refranero hispano más sabio. «¿Y estos veintisiete años?», pregunta Paula-Amelia de la Torre en una creación de antología, porque antológico—ya se verá—ha de ser el tipo que interpreta. Interrogante unánimemente que puede seguir vigente en un sector del alma colectiva española.

Antonio Gala nos lleva a meditar en los horrores de las guerras civiles y pide piedad para todos los españoles que, irremediablemente, intentan continuar desunidos. Desunión que el dramaturgo ve insoluble, vislumbrándose aquí el gran cauce de sentimientos e ideas de los escritores del 98. Y yo me pregunto por qué un teatro tan hondamente nuestro, con imperfecciones de construcción, si se quiere, es rechazado violentamente, que debiera desmenuzarse en serio para ser discutida y aclarada en pro no ya de muchos problemas del teatro español, sino de problemas de la misma España.

Nuestro teatro joven se enfrenta con constantes repulsas y ahogos injustificados. Y en busca de esa falta de justicia salgo.

¿Por qué no alentarnos unos a otros para que nuestro teatro actual sea digno de tener personalidad en el mundo, cosa que no tiene? ¿Quiere decirme alguien si el que creen algunos primer dramaturgo de España, Buero Vallejo, es conocido en París, Berlín, Londres o Nueva York? ¿Por qué este veto del mundo? Y, hablando siempre del teatro que hace pensar y sentir al público, ¿por qué convertirlo en lucha de intereses, al margen de la creación artística, que es, al fin de cuentas, una de las causas que dan categoría a un Estado?

Vengo de los Estados Unidos, donde tuve ocasión de explicar, en la Universidad de Washington, historia del drama español. Dentro de unos días volveré a U. S. A. a dictar un curso aún más extenso. Allí he podido ponerme en contacto con el latido dramático del mundo. Y bien sabe Dios—quisiera para el teatro de España lo mejor—que, hoy por hoy, es totalmente desconocido, para nuestra humillación y desgracia. ¿Dónde está la gran cultura española de sus años esplendorosos?

José MARTIN RECUERDA

"Pueblo", 5-1-1968